

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 750 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Teléfono 143.—Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 237.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartré.—New-York, Mr. George B. Fisher, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalem-Strasse, 46-49.—La correspondencia al Administrador.

INTERVIU CON D. JOSÉ...

Perdonadme; pero un deber ineludible, inescusable, me obliga a cerrar estas entrevistas con otra... Estas cosas son como las cerezas ó como las delicias, que nunca vienen solas: se arrastran, se suceden las unas á las otras fatalmente...

Dos veces, tres veces, á tres horas distintas, he asomado la cabeza descubierta en el despacho de don José, y las tres veces, me he retirado cautelosamente, discretamente. El despacho siempre estaba lleno y he creído oportuno cerrar silenciosamente la puerta entreabierta y marcharme.

Por fin, restelatamente, he penetrado en el despacho aprovechando una clara. Mentalmente he contado diez y siete amigos dispersos en corrillos y divanes. Estas entradas tienen siempre una cierta solemnidad; he sentido diez y siete miradas fijas sobre mí, y he adivinado que por los diez y siete espíritus pasa una ráfaga de inquietud, que origina mi presencia. ¿Qué querrá éste? Esta pregunta, silenciosamente formulada, me sobrecoje y me azora ligeramente. Mis pasos resuenan sobre el parquet resonante y resbaladizo; saludo á don José, que se ha levantado estrechando mi mano por encima de la mesa. Don José sonríe, y me indica un sillón confuso. Permittedme que os hablé un poco del estado de don José y de este sillón, donde he caído confuso y azorado, por esa ráfaga de curiosidad: inquieta que me rodea.

Don José saluda de modos distintos, según la relación política ó los lazos que le unen con el visitante. Don José recibe una comisión, satisfaciendo de su asiento al plico derecho de su mesa; don José tiene que recibir á un conservador antiguo y anciano, y entonces sale dos pasos más allá de su mesa; don José recibe á un correligionario joven y amigo, y se incorpora soltamente, y al estrechar su mano lo atrae al lado derecho de su sillón, donde charla cariñosamente con él; don José, recibe á un pretendiente desenfadado apoyando el codo sobre el brazo derecho de su sillón, la mano en la barba, mirando al suelo con aire preocupado... Don José sonríe á todos, al último, solo le sonríe al despedirse... Yo he prometido hablaros del si-

llón, del sillón ocupado por mí, y no hablaré de él; por qué este sillón es un arma política, como los lentes de Don José, como el reloj de don Joaquín... es algo simbólico. El visitante que cae en el sillón, se hunde muellemente, blandamente; se queda como una planta nacida en el asiento; su cabeza, queda, á la altura de la mesa, y desde allí vislumbra el tablero de cristal lleno de artísticas chucherías, y una caja de cigarras que se abre cortésmente al visitante. El visitante siente que se dispersan sus ideas rojas, sus ideas siniestras, revolucionarias. Todo sonríe; la temperatura es grata; la charla amena; nos envuelve la ligera nube azul de nuestros cigarras, y sin querer, empiezan á surgir en nuestra mente, ideas tranquilas, sosegadas, ligeramente escépticas.

Este sillón, bien administrado, ha hecho más conservadores que los programas de Maura y las habilidades políticas de Don José.

El cigarro nos envuelve en una ligera nube azul, y empezamos á sonreír con beatitud. Delante de mí se extiende el diván, que sigue la pared del despacho; allí están sentadas Don Fulano, Don Mengano, Don Perengano... los más significados, más cerca de la mesa. Y en los días de las grandes solemnidades, en este diván se mezclan, se confunden, los jóvenes, los viejos, los incondicionales, los fríos, los dudosos, se confunden, con una cortés hostilidad, algo parecido á los que esperan en la consulta del médico, indiferentes al dolor ageno, y soñadores de su propia curación...

La conversación recae sobre altos asuntos políticos de alta política central Madrileña. D. José habla; los señores graves, asienten, sin entusiasmo, pero con hondas inclinaciones de cabeza... De repente el teléfono de la mesa de D. José, llama; don José, coge el microfono portátil, y le aplica á su oído... Estos diálogos á medias son siempre interesantes. D. José mira al cielo... se ha hecho un silencio respetuoso... ¿Es la Juventud Conservadora? D. José, sonríe... El teléfono ha debido contestar... Nueva sonrisa de mi amigo... Después, D. José escucha... siempre di-

ce alternativamente: "Bueno", "bien"... "Bueno"... La situación se prolonga, el conferenciante telefónico prosigue ó debe proseguir... D. José sigue siempre, "Bueno"... "bien"... "Bueno"... cuando ha podido, siempre sonriendo... Ha querido dejar el teléfono, pero la juventud sigue hablando... "Bueno", "bien", "Bueno"... D. José, deja definitivamente el aparato sobre su elegante soporte... Los ancianos, los respetables señores mayores, cuchichean, sonríen equivocadamente... complacientes, tolerantes con la juventud, que pasa...

Los graves conservadores han reanudado su charla, uno de ellos ha hecho una grave pregunta sobre los sucesos de Cullera y su trascendencia política... D. José ha empezado á contestar, pero en esto ha entrado en la estancia con taconeo fuerte y rápido un concejal joven que ha saludado á todos con desenvoltura, un concejal que me ha dado un golpecito cariñoso en el hombro y ha tirado fuertemente del puño de su camisa para hacerlo asomar por el extremo de la manga... El concejal ha charlado con D. José... pero no hemos podido sacar nada en limpio, ni los Señores graves ni yo... Todos han sonreído al visitante... el visitante sale con su taconeo rudo y decidido; la puerta suena... Declamamos, prosigue un venerable señor, que los jefes de Cullera y la actitud de Canalejas... Yo sigo en mi butaca envuelto en la nube azul de mi cigarro en un sopor grato y sedante, de tal modo que si en aquellos momentos me preguntan mi opinión, sobre lo que se debate, no me queda uno solo de los que atentan contra el orden, contra la paz, contra la deliciosa placidez de la vida...

Por fin nos hemos quedado en una soledad que convida á las confidencias; yo preparo mentalmente mi discurso, pero en esto... Señores, esto no le pasa á ningún periodista del mundo! Don José me dice (mi estupor ha sido para visto).—Siendo de mucho interés conocer la opinión de Vd. sobre el partido conservador... Yo he mirado fijamente á Don José para ver si advino en su cara una expresión irónica ó burlesca... Don José está serio... Yo he dejado caer la coquilla del puro groseramente al suelo—sin saber donde ha caído...—Don José se dispone á repetir, pero no le doy tiempo; los hombres nos crecemos en ciertos

momentos; he luchado con los muelles del sillón para erguirme, y he dicho...

Don José, la eubolia, la virtud divina de la eubolia, que tanto encarece el maestro Azorín y (creo que la cita no puede ser sospechosa para Vd.) es el arte, el divino arte, de ser cauto, de ser reservado; pero la eubolia exagerada, hace creer á nuestros enemigos que no tenemos nada que decir y nada que oponer á sus desenfadados ditirambos...

Don José, mientras dura este pequeño discurso, dice "sí, sí, sí," rítmicamente; pero cada vez más bajo.

Al oírle me siento algo inquieto; pero sigo. No es menos cierto que el mismo maestro aconseja al político... (don José sigue con sus afirmaciones rítmicas...); no es menos cierto, digo, que el político no debe dejarse arrastrar en circunstancias críticas por el impulso general; la pasión pasará, y entonces se recordará quien tuvo la razón... y esto quizá sirva para acrecentar su hombría de bien; pero mientras tanto... (D. José, que sigue afirmando siempre, mira á un reloj que tiene sobre su mesa, que marca las horas con unas hojas que pasan, como pasan las hojas de un libro). Yo he comprendido lo que dicen las miradas de don José sobre las hojas del reloj, y he terminado mi discurso. D. José se ha levantado y se dirige hacia mí, con las manos en los bolsillos del pantalón; yo me levanto trabajosamente del sillón amable, y á mi vez intento preguntar, investigar sobre política, pero don José dice: Estoy conforme en un todo con la opinión de usted, enteramente conforme... yo me quedo un poco perplejo; no entiendo bien, pero salgo convencido de que el entrevistado he sido yo... quizá un efecto del sillón y del cigarro. Mis pasos resuenan de nuevo sobre el parquet, y salgo. En la calle me siento de nuevo liberal, y para convencerme, tarareo el himno de Riego, por lo bajo.

M. N. P.

A MELILLA

Madrid 29-9 m.

Han sido destinados á prestar servicio en el Ejército de operaciones en Melilla, el comandante Sanjurjo y los capitanes don Adolfo Gallardo, don Luis Díaz y don Maximino Batomea. Hoy se designará de entre los voluntarios que tienen solicitado el pase al

+
PRIMER ANIVERSARIO
D. O. M.
EL SEÑOR
DON CELESTINO MARTINEZ VIDAL
Falleció el 3 de Enero de 1911, habiendo recibido los Santos Sacramentos
R. I. P.

En sufragio de su alma, estará la vela y alumbrado al Santísimo Sacramento, en la Consagrada Iglesia del Santo Hospital de Caridad el día 3 de Enero próximo, siendo aplicadas por su eterno descanso todas las misas que en la misma Iglesia se celebran de 8 á 12 y las de Emperatriz que tendrán lugar á las once.

Su esposa é hijos, ruegan á sus amigos y personas piadosas se sirvan asistir á tan piadosos actos y encomendar su alma á Dios.

Varios Prelados tienen concedidas indulgencias en la forma de costumbre.

Ejército de operaciones, á los demás jefes y oficiales que han de cubrir bajas.

El Congreso de Dresde y el Ayuntamiento de Cartagena

Ampliando la noticia que dimos ayer respecto á la concesión á nuestro Ayuntamiento de un Diploma de honor por los trabajos expuestos en dicho Congreso, tenemos el gusto de hacer constar que la felicitación acordada por el Municipio para el Arquitecto D. Francisco de Paula Oliver como autor del laureado proyecto de Alcantarillado, fué extensiva á la Dirección de Higiene, cuyos trabajos estadísticos han merecido igualmente la alta recompensa otorgada por el Congreso.

Con este motivo enviamos la más cordial enhorabuena á nuestros amigos D. Eusebio Cándido y D. Gonzalo Robles, autores de los trabajos de Estadística premiados. Al doctor Cándido le ha sido además concedido un diploma personal en atención á sus méritos de Higienista.

En cuanto al Sr. Oliver, por la sig-

nificación especial que para él tiene, en este triunfo, nos congratulamos en repetirle nuestra felicitación que unirá á las muchas que está recibiendo, y que seguramente le servirán de compensación á las amarguras que la ambición insana y la pasión irracional le produjeron en época cercana con ocasión del mismo proyecto de alcantarillado que ahora, en mundial exposición, ha alcanzado tan brillante recompensa.

EL SECRETO

Tu belleza es el mar; tanta poesía produce tu belleza en cuanto tocas que hasta en los pechos duros como escamas la fiebre del amor despertaría.

Saber que nuestras almas aquel día al encontrarse se volvieron locas; que soy tu esclavo; que mi nombre invocas, y no poder morir diciendo... ¡es mi!

Para ocultar mi bien será discreto; pero entre tanto que tu sombra sigas á la distancia eterna del respeto;

Sabes que donde estás estoy contigo; que muero por guardar este secreto, y que el secreto morirá conmigo.

A. G.

len del palmero fecundaba, susurraban al páso de la brisa en concierto amoroso, llevando al alma la contemplación y un dulce bienestar á los sentidos.

Para llegar á la capilla en que yacía el cadáver del hidalgo, había que atravesar una alameda y después un vergel ricamente poblado de naranjos; que contenía en su centro un bello y misterioso cenador bajo el tupido manto de madre selva y pasionarias.

A fin de respirar la brisa, abandonó la torre Nicolás.

Una lamansa tristeza pesaba sobre el alma de aquel hombre. Aquella dolorosa confidencia que le hiciera amigo momentos antes de morir, le había oprimido el corazón, y vagaba en su espíritu la idea de una fatalidad funesta que no acertaba á rechazar no obstante su profunda y firme fe en las doctrinas del catolicismo.

También él soportaba la lamensa pesadumbre de un castigo que no había merecido ciertamente; por lo cual, y huyendo de acusar á Dios, se hacía en abrigar la absurda y falsa idea de un ciego fatalismo, que cual lluvia de fuego caía indistintamente sobre los seres desdichados, que cual él y su amigo Don Luis, apuraban la copa del martirio.

ra arrebatada. Y era porque ardiendo en el fuego del deseo y al extender sus brazos hacia aquella doncella enamorada que e brindaba con la dicha, una fuerza invencible y misteriosa, á su pesar le escadenaba. En vano aquella hermosa aparición con su mirada ardiente é incitante, llamaba al arrobado caballero, éste quedaba inerte mientras se irritaban sus deseos; su corazón estaba á punto de romperse y expuesta su cabeza á alojar la locura en el cerebro.

Aquella extraña aparición, portento de belleza arobadora que inclinaba al hidalgo con sus ojos, no era en verdad imagen evocada por su imaginación calenturienta; era un ente real; un ser tangible y an mado; una hermosa doncella que ya conocen los lectores; era ni más ni menos que Zara del Bedal, y el misterioso arcano que llevaba á la mente del hidalgo la idea candente del deseo hacia aquella hermosísima doncella, no era un agente ciego que ponía en movimiento su influencia de una manera casual, era el revelador de un hecho; de la aproximación, de la presencia, de la estancia de Zara en aquel sitio, que oculta en una fronda de jazmines, menos bellos y ebúrneos que su frente, contemplaba al hidalgo estremecida y oprimiéndose el pecho

capando á su vista su enemigo, se mostrara iracundo y llamase destino á una impalpable sombra que tenaz se empeñaba en ocultarse, clavándole en el pecho el agudo puñal de la calumnia en forma de fatalidad; como si ésta existiera, como si fuera un ser real, un misterioso agente que partiera con Dios el eterno dominio de su obra.

En esta situación de ánimo, bajó al jardín con paso silencioso, cruzó su calle principal y llegó al cenador, cuyo follaje que murmuraba dulcemente á impulso de la brisa de los mares, penetró el caballero y se sentó en un banco.

Allí permaneció una hora sumido en su honda pena.

Se cerraron sus ojos, y recayó en el éxtasis, cuya alucinación le hizo ver cien fantasmas luctuosos; á poco la ardiente fiebre del espíritu lanzóle á los espacios de una brillante idealidad, y cual lucente y rico panorama, cruzó ante sus miradas la vida de su ardiente juventud con tangible belleza y una plenitud llena de encantos.

Entre aquellas figuras incitantes descollaban las formas seductoras de una hermosa doncella enamorada, que loca, palpitante y estremecida, de pasión que se escapaba de sus bellos ojos, le brindaba su amor enloquecida. La poderosa sangre del hidalgo hacia latir su corazón de una mae-